

PRESENTACIÓN DE LIBROS

Los presidentes de Colombia

Coronel (r) Luis Alfonso Plazas Vega

Para hacer un recuento histórico de la vida de los presidentes de Colombia, es necesario empezar por un comentario sobre lo que significa la Presidencia de la República.

Aun cuando la figura de la presidencia aparece en nuestra historia con anterioridad a la época republicana, esta situación fue transitoria, generada principalmente por dos situaciones históricas: bien por un sistema político diferente como lo fue la Presidencia del Nuevo Reino de Granada (1564-1718 y 1723-1739) —en la cual el presidente gobernaba una colonia bajo la tutela y administración central del rey de España— o bien por un régimen que no logró ni organizarse adecuadamente ni permanecer (la Patria Boba: 1810-1816).

A nivel mundial, el presidente, como jefe del Poder Ejecutivo de un estado independiente, apareció en las postrimerías del siglo XVIII como expresión material de la autoridad del pueblo a través de la elección de

sus mandatarios, esto es, como figura central de la democracia. Este sistema político que reemplazó los regímenes monárquicos y al feudalismo, se ha establecido, a pesar de sus imperfecciones, en todo el nuevo continente, siendo Colombia uno de los primeros en adoptarlo, por ser ésta la más clara interpretación de lo que nuestro país considera debe ser la forma de gobierno.

La figura del presidente de la República ha cambiado mucho desde el nacimiento de nuestra nación. Lo cierto es que en este momento la Constitución Nacional de 1991 dedica el título VII, capítulos 1, 2 y 3, que comprenden los artículos 188 al 205, a establecer y definir la Presidencia de la República, el gobierno y la vicepresidencia. No ha habido en la historia de nuestro país ningún empleo que pueda compararse con la Presidencia de la República. Desde la época de Simón Bolívar, en la figura del presidente se fusionó la dignidad de un monarca y el poder administrativo de un primer ministro, con la particularidad de que a este cargo no se llega por herencia familiar o condición de nobleza, ni por nominación que haga una persona o un grupo de personas; se llega por la voluntad de todo el pueblo expresada en las urnas.

Aun cuando el tratamiento de “su excelencia” desapareció desde 1966, la generalidad de los colombianos gusta referirse en esa forma a quien representa la máxima autoridad del pueblo libre y está investido de la autoridad que le confieren todos los colombianos. El equipo de colaboradores y el medio político prefieren tratarlo de “señor presidente”

Colombia, después de los Estados Unidos, ha sido el país más estable en materia democrática de todo el continente. Cincuenta y siete personas han ocupado, como titulares, el solio de Bolívar entre 1819 y 2006; esto nos da un promedio de tres años por gobernante, cifra reducida por los gobiernos del radicalismo liberal en la segunda mitad del siglo XIX que establecía la permanencia en el poder por sólo dos años.

A pesar de lo anterior, en forma errónea, muchos de nuestros historiadores relacionan una lista de presidentes que supera el centenar; mediante el procedimiento de contabilizar como titulares a quienes han asumido la magistratura por pocos días. Esto a los ojos del mundo desfigura nuestra realidad democrática, nos asemeja a algunos países

latinoamericanos inestables y les resta seriedad a nuestras instituciones y a nuestro gobierno, además de ser contrario a la verdad.

A la Presidencia de la República han aspirado y han llegado hombres cuyas vidas han sido muy variadas: negociantes como Rafael Reyes, periodistas como Alberto Llenas, expedicionarios como el mismo Reyes, campesinos como Marco Fidel Suárez o Belisario Betancur, economistas, ingenieros, gramáticos, pero la mayoría de ellos, abogados o militares. No ha sido la profesión escogida factor determinante para llegar al poder; ha sido el esfuerzo de cada quién en las muy variadas actividades de la vida democrática, lo que les ha permitido alcanzar el primero y más difícil empleo de la nación.

Unos fueron bondadosos, otros crueles, unos actuaron heroicamente, otros no fueron suficientemente valientes, algunos tomaron acertadas y grandes decisiones, otros cometieron errores garrafales, algunos fueron estupendos administradores, otros tuvieron al país al borde de la quiebra, unos defendieron los límites y la soberanía del país a toda costa, otros entregaron valiosos territorios actuando en forma irresponsable. De todos modos fueron escogidos por el pueblo y es el pueblo el que se merece lo bueno y lo malo que ellos hicieron, porque en un sistema democrático cada pueblo se merece sus gobernantes.

Podemos señalar en nuestra historia unos presidentes más fuertes y protagónicos que otros; los más caracterizados: Bolívar, Santander, Mosquera, Núñez y Reyes que le imprimieron dinámica, desarrollo y carácter al país. Cada uno empleó medidas diferentes: Bolívar fue un soldado y el más grande visionario de la América meridional. Sus conceptos sobre cómo gobernar esta nación continúan vigentes después de dos siglos; Santander fue un administrador; Mosquera un dictador pero a su vez un patriota, a él se debe gran parte de la integridad de nuestro territorio actual; Núñez fue un político, Reyes, como él mismo se denominó, fue un restaurador de la nación y tal vez el cerebro más organizado de cuantos han pasado por la Presidencia; López Michelsen amplió la dimensión del territorio nacional incluyendo nuestros espacios marítimos, fue y es un gran internacionalista; Betancur asumió un liderazgo social regional; Bolívar, Mosquera y Olaya Herrera fueron capitanes victoriosos de guerras internacionales; Laureano Gómez, Rojas Pinilla y Turbay Ayala

exportaron la presencia del país a escenarios internacionales influyendo en el concierto de las naciones y proyectando nuestra imagen en Corea, el canal de Suez y la península del Sinaí. En un mundo donde las naciones estaban alineadas con la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) o con el Pacto de Varsovia (PAV), Betancur nos incluyó en el Grupo de Países no alienados (NOAL), cuya presidencia ejerció Samper unos años después. El presidente Barco le dio una nueva dimensión económica a Colombia que, según él, nos colocaría antes de dos décadas como el más desarrollado de los países de América Latina, y Gaviria generó un cambio importante en las instituciones políticas del final del siglo XX.


El presidente de hoy día tiene tareas más complejas que el de 1819. El país que gobernó Bolívar era más grande en extensión pero tenía tan reducido número de habitantes que era más manejable; era un país de colonizadores, campesinos, indígenas, artesanos y comerciantes de poca monta que se transportaban a caballo o en canoa, débilmente disgregados a lo largo de las costas, las riberas y algunas planicies. Desde entonces, cada presidente ha tenido que gobernar más colombianos, el pueblo ha venido expandiéndose a lo largo y ancho del territorio y los avances, tanto industriales como tecnológicos, requieren cada vez gente más capacitada. El crecimiento de la nación y el desarrollo tecnológico también han significado el crecimiento de los poderes del Ejecutivo. La aparición del tren, el automóvil, el avión, la radio, el teléfono, la televisión, el computador, el telefax y la internet han permitido un mayor contacto entre el presidente y su pueblo, pero también han permitido que el pueblo esté más cerca de cada movimiento de su presidente. Paradójicamente, los miles de habitantes de la Colombia de Bolívar nunca pudieron enterarse de la vida personal del primer mandatario como hoy lo pueden hacer los millones de colombianos en relación con el presidente actual.

De modo que la crítica, producto de nuestra libertad de expresión, es hoy más intensa que ayer, a pesar de los deberes impuestos al presidente, casi imposibles de cumplir por su cantidad y dimensión. Su figura está expuesta al escarnio público de los mentideros políticos, de los cuentistas, de los escritores, de los caricaturistas, de los editorialistas y del pueblo en general, quienes madrugan cada día a ejercitar su libertad de expresión mediante el procedimiento de tomar al presidente como objeto

de un análisis que termina normalmente en críticas acerbas. Para cada presidente hay un apodo, un chiste flojo en los casos más inocuos; o términos inmoderados, calumnias e injusticias en otros casos. Varios presidentes de Colombia han sido amenazados de muerte: Bolívar, Mosquera y Reyes sufrieron atentados y este último tuvo que huir durante varios años del país. Algunos renunciaron y a otros los mataron las críticas injustas a su obra de gobierno: José Eusebio Otálora murió dos meses después de entregar el poder. La cantidad de normas y responsabilidades que recaen sobre tan importante cargo exigen del funcionario tal entrega que en un año de gobierno pudieran decirse que trabajan tanto como otros ciudadanos en varios años; Sin embargo, muchos presidentes se han caracterizado por su longevidad. Joaquín Mosquera murió a las 91 años y Darío Echandía a las 92.

El presidente es el jefe del gobierno; es la figura protocolaria de la Nación y como tal visita y recibe visitas de los representantes de otras naciones; conmemora eventos nacionales de todo tipo; es el jefe de la diplomacia y dirige las relaciones exteriores del país. Es la cabeza de la rama ejecutiva del poder público; preside asambleas, abre exposiciones, reinaudos y competencias; responde por el orden público; es el comandante en jefe de las Fuerzas Armadas; presenta proyectos legislativos al Congreso; es el jefe natural de su partido político; en ocasiones asume la posición de líder de la subregión como en el caso del Acuerdo de Cartagena o del Grupo de Contadora y, finalmente, es el vocero del país ante la comunidad internacional.

A pesar de la complejidad de las funciones, de la dificultad del cargo y de los vejámenes a que va a ser sometido, podemos decir que casi todo ciudadano colombiano que termina su bachillerato aspira a ser presidente de la República o a estar cerca de él, a sabiendas de que va a perder los amigos de verdad y a ganar amigos de oportunidad, a sabiendas de que los poderes del presidente no son ilimitados, a sabiendas de que no hay suficiente cantidad de horas al día para atender sus obligaciones. Pero es que la historia de la grandeza de los más connotados hombres de Colombia se encuentra en la historia de los presidentes, es decir, la encontrará usted, amigo lector, en las páginas de este libro.

 **Francisco Montoya Zapata.
Poder familiar, político y empresarial**

Luis Fernando Molina Londoño

La idea de hacer una investigación sobre Francisco Montoya me surgió en 1987 cuando finalizaba la redacción de mi trabajo de grado como Historiador, pues Francisco Montoya y varios familiares aparecieron como dueños durante varios años de las minas del Zancudo. El interés por el personaje y su familia aumentó cuando Jorge Orlando Melo incluyó en la Historia de Antioquia publicada en 1988, un explícito cuadro donde mostraba el poder político que concentró la familia Montoya representado en los cargos públicos del orden regional y nacional que detentaron sus integrantes a lo largo del siglo XIX. Desde entonces inicié una recolección parsimoniosa de referencias bibliográficas y documentales que se fueron acumulando. Ante la imposibilidad de desarrollar este trabajo como investigación para el grado de la maestría en historia, intensifiqué las búsquedas en las notarías de Bogotá y en el Archivo Restrepo. Fueron muy útiles la tesis doctoral de Frank Safford, *Comercio y empresa en Colombia Central*, así como los trabajos de Pilar Moreno *Santander*, y el libro de David Bushnell, *El régimen de Santander en la Gran Colombia*. De lo anterior pueden dar cuenta las numerosas citas que hago en los pie de paginadle libro sobre estos trabajos. La información recopilada fue siempre sujeta a una clasificación desde la perspectiva teórica que proponen algunos economistas y sociólogos, además del modelo de estudio sobre los empresarios colombianos propuestos por Carlos Dávila.

Cumplidos los requisitos de la Universidad, llegó a oídos de Carlos Calle la existencia de esta investigación. Él muy generosamente me envió documentos y se ofreció a patrocinar su publicación. Acordamos incursionar como editores, trabajo nada sencillo y que por nuestra inexperiencia en este oficio arrojó varios errores leves que muy seguramente ustedes identificarán cuando lean el libro y que espero sean corregidos en caso de una segunda edición.

Con Ociel Castaño Zuluaga, a finales de los años ochenta, fui el primer egresado del programa profesional en historia de la Universidad Nacional en realizar un trabajo de grado en historia empresarial. Si no hubiese sido por las oportunas recomendaciones de Alberto Mayor Mora, este trabajo se hubiera ejecutado de una manera exclusivamente intuitiva en relación con lo que tanto los asesores como nosotros mismos creíamos que era un empresario y una empresa así como de las partes que constituían su conducta o su organización, componentes y procesos. Pero no obstante ese apoyo del profesor Mayor Mora, indudablemente nuestro trabajo final de pregrado sobre la empresa minera del Zancudo hubiese sido otro si hubiésemos estudiado más las teorías de Schumpeter y Alfred Chandler y estudiado mejor las de Max Weber y Sombart. No obstante los aportes de los dos últimos autores, y más recientemente de Buckhardt, no se explica, si no atenemos a Coleman, que (...) el hombre de negocios promedio raramente figura individualmente en las páginas de las obras de los historiadores profesionales. Permanece oculto, como una cifra dentro de un total, un pedazo anónimo de un agregado, sumido dentro de los cálculos del producto económico o de las firmas de los sectores industriales. Sus quehaceres históricos son parte de la totalidad de la historia. Y hasta que los historiadores estén interesados en mirar a los hombres de negocios en la historia, en la misma forma que tratamos de mirar a otros actores en el drama de la historia, nos estaremos perdiendo una parte de la escena.*

La historiografía económica de Colombia hasta hoy ha puesto poco en escena al empresario pese a que su influjo y actividad es evidente en los destinos de la economía y de la sociedad donde actúa. Por esta actuación

* D.C. Coleman, *Historias and Bussinessmen*, en: D. C. Coleman y Peter Mathias (compiladores), *Enterprise and history*, Cambridge, 1984.

un tanto difícil no reconocer empezó a tener algún desarrollo en Colombia la historia empresarial que se diferencia de la económica en la descripción y análisis de particularidades y asuntos como el carácter micro de las firmas, los grupos y unidades multi empresariales, los empresarios individuales, las familias de empresarios, los cuadros y jerarquías de gerentes asalariados, la tecnología, la gerencia y las relaciones con la política, entre otros aspectos.

La docencia en historia empresarial en la Universidad de los Andes, con un círculo profesional multidisciplinario doctorado en universidades extranjeras que venía trabajando en el tema desde 1972 permitió un acercamiento a la teoría económica, histórica y sociológica acerca de la empresa y el empresario, abriéndome las posibilidades de comprender el problema de una manera más científica o conceptual.

El libro es un ejemplo que muestra como, los márgenes que separan la historia empresarial de la historia que tradicionalmente hemos conocido, terminan siendo bastante próximos y borrosos, pues existe una historicidad en las empresas y las acciones de los empresarios a lo largo de la historia que están estrechamente relacionados con los entornos social, político y cultural. Todos estos campos tampoco quedan fuera de la historia empresarial lo cual la convierte en un recurso para mostrar que el empresario es un tipo social específico aunque las teorías económicas clásicas, neoclásica, marxista y keynesiana, se hayan empeinado en desconocer. Sin ánimo de presumir de erudito, bien creo necesario decir aquí que, la nueva teoría económica y sociológica del siglo veinte con Weber, Schumpeter, Sombart, Chandlelr y North, entre otros, darán la orientación para hacer una mirada revisionista al pasado y el presente sobre la acción económica identificando a la empresa y el empresario como las manos visibles del mercado y como influyentes actores sociales. La historia empresarial así como los mismos empresarios suelen satanizarse y a quienes la escribimos se nos hace el reclamo por hacerlo, esto en contraposición a quienes hacen historia sobre los trabajadores que ordinariamente niegan la historicidad del empresario.

Y con base en los teóricos que han reflexionado y tratado de comprender la función de la empresa y el empresario en la economía es que puede afirmarse que la conducta empresarial de Montoya se sale de los

parámetros del colombiano común, bastante influenciado por el dogma católico reivindicador de la pobreza como valor y del sistema educativo tradicionalmente poco interesado en difundir los conocimientos prácticos volviéndolos reacios hacia asuntos tan humanos como la acción empresarial y el afán de lucro, el poder, la riqueza y el prestigio.

Dávila dice que muchos esfuerzos de ambiciosas investigaciones se pierden por falta de conocimiento del investigador sobre las teorías producidas en países donde el estudio del empresariado ha alcanzado un estado prominente de desarrollo. Asimismo, Dávila Cepeda y Palacios insisten hace tiempo sobre la necesidad de ahondar el tema de la actividad empresarial, la familia y la política y creo que el libro integra estos elementos. Por otra parte, en la mejor línea crítica, el libro se pensó como aporte al desarrollo teórico para el análisis del empresario o negociante colombiano en el siglo XIX, con una visión que puede dar cuenta también de mi evolución en la apreciación de estos temas a raíz de varios años dedicados al estudio y la docencia sobre la materia.

Montoya logró que la política librecambista adoptada por la clase dominante en el país, no fuera simplemente un enunciado ideológico y un discurso plasmado en un documento oficial. Su mérito fue implementarla y practicarla. A diferencia de sus contemporáneos de la élite, se concentró en un campo diferente al exclusivamente político y militar, los más importantes de su época, para concentrarse con un pequeño grupo, a la actividad económica, la “pieza” que él consideró necesaria para poner en movimiento la nueva “maquinaria” republicana. También innovó con su acción empresarial en tierra caliente bajando de la sabana fría y confortable.

Esta mirada o posición personal y familiar por fuera de los esquemas mentales vigentes, la produjo la información obtenida y el conocimiento directo de la pujanza europea en pleno proceso de expansión en la primera mitad del siglo XIX. El hombre de este nuevo entorno ya globalizado, antepone otros valores a aquellos tradicionales en los que fue educado: Montoya es el hombre moderno que hace carrera con base en elementos como el rango, los logros, la reputación y la riqueza. Como poca gente en Colombia tuvo los atributos para convertirse en un empresario de carrera aprovechando su difícil y al mismo tiempo, privilegiado entorno, repre-

sentado en su familia que creó confianza y garantizó la posibilidad de crear riqueza y concentrar poder, mucho del cual estuvo sustentado en una sólida educación. Acaso la crisis de la familia y la educación en Colombia pueda ayudar a explicar en parte el por qué de tan poca empresa y actividad empresarial?

El libro describe hasta empalagar la importancia de la presencia del Estado en la actividad empresarial, asunto que ratifica la erudita hipótesis de muchos estudiosos extranjeros de que a menor grado de desarrollo del capitalismo, más politización de los mercados. Sin duda, se muestra como la política influye excesivamente en los éxitos y fracasos empresariales en el país y como las redes de negociantes, terminan confundiendo o convirtiéndose en redes de políticos. Sin duda Montoya es un buen ejemplo que ilustra sobre la multiplicidad de formas de intervención del empresariado en la política y el Estado: Financiación de campañas políticas, ejercicio de cargos públicos por elección y por nombramiento, financiación del gobierno, administración y explotación de rentas, monopolios y privilegios. A veces él debe actuar autónomamente sobre asuntos de competencia del estado.

También ilustra el caso Montoya que en países con nuestro tipo de desarrollo económico y social, el emprendedor tiene que integrar su actividad empresarial a la realidad nacional, en muchos casos hasta suplir funciones del Estado, hasta convertirse por su ineludible necesidad de crear mercados, en un factor de integración regional y nacional. Su interés en desarrollar los transportes y las vías de comunicación asociado a un producto como el tabaco, originó una nueva red económica nacional, diferente hasta ese momento a la del oro. Su interés en el comercio que practicó, se salió del esquema de "producción-especulación" que trató José A. Ocampo y más bien se puede ver a la luz de Safford en el sentido en que su problema fue aún más complejo al tener que enfrentar a otros competidores más fuertes en el mercado europeo del tabaco como Estados Unidos, Jamaica y Cuba, y permanecer observante a las debilidades de la competencia para apoderarse de segmentos del mercado que en cualquier momento los competidores más fuertes dejarían descuidarían o no podrían atender.

El entorno de Montoya, fuera de cualquier observación ética, muestra que el marco jurídico, lo que North llama las reglas de juego, también limitó su acción empresarial. La incertidumbre jurídica se unió a las demás incertidumbres que imponía el mercado, la difícil geografía colombiana, la falta de un mercado interno y los transportes que en últimas generaban grandes costos de transacción a cualquier acción económica en una perspectiva empresarial, es decir, sustentada en el afán de lucro. Viéndolo desde el presente parece que las cosas en la actualidad no hubieran cambiado, pues es como si los empresarios de hoy en día continuaran enfrentando los mismos tipos de incertidumbre de los empresarios del siglo XIX.

De acuerdo con Dávila (2003), la investigación sobre Montoya apunta hacia donde deben continuar los estudios sobre el empresariado, es decir, utilizando la teoría en la materia, develando las relaciones entre los empresarios y el poder político y más en la línea de Palacios (Cartagena 2004) orientar más estudios hacia la actividad empresarial en Colombia central y más particularmente en Bogotá y su región.

La legislación y los documentos que dan cuenta de las disputas entre políticos y negociantes en relación con los favores del gobierno, colocados al final del libro son un buen punto de partida para otro capítulo relacionado con el tema de las reglas de juego y el análisis de la teoría neoinstitucionalista, la cual, indudablemente, orientarán en un próximo futuro las investigaciones de la economía y la historia económica en Colombia.

Personalmente pienso que el sentido de este trabajo y su valor social radica en que hace un poco de memoria sobre nuestro rezago económico y a través del personaje poder ver, analizar y aprender cómo buscó y se mantuvo aplicando un método para superar los obstáculos. Para nuestros empresarios y para aquellos escasos individuos en el medio colombiano se destacaron o destacan por su espíritu emprendedor, quizás Montoya les enseñe desde el pasado a partir de la reflexión de hoy como no cometer errores por no acudir a la memoria sobre su propia actividad.

Montoya operó durante algunos años de su vida en un modelo de política económica librecambista, muy semejante al del actual modelo de

apertura vigente en el país, basado en el mercado abierto y competido. Sus valores, conducta empresarial, mentalidad abierta y racionalidad quizás nos ayuden a recorrer de manera más fácil el camino que él ya anduvo y que otros hoy, apenas empiezan. Ahí puedo yo ubicar el valor de mi trabajo, en un país y particularmente en una región cuya mentalidad religiosa, incluida la de sus élites, a veces ha reivindicado la pobreza de la mayoría como valor positivo, que en el presente considera poco necesario el trabajo a largo plazo, que reivindica la estética, la ética y la posibilidad del enriquecimiento ilícito que nos dejó el auge del narcotráfico, que subvalora la cultura abierta, tolerante y cosmopolita del comerciante y que se resiste a mirar su historia más allá de las montañas que la rodean para aprender y evadir errores cometidos incluso en el presente.

La apertura cultural hacia el exterior y la autocrítica se vuelven una necesidad inmediata para la región. El ejemplo ya nos lo dieron los investigadores norteamericanos que vinieron a estudiarnos en los años 50, 60 y 70 y gracias a sus enseñanzas se fortalecieron los estudios sobre Antioquia. Es paradójico que este trabajo sobre un antioqueño se investigue y escriba en Bogotá. Y que la visión que se construya sobre él sea a partir de teóricos extranjeros. Los autores que he citado en mi presentación del libro no tienen una intención erudita sino más bien que en el exterior numerosos individuos piensan sobre problemas que nos pueden ayudar a comprender nuestro pasado y presente. Son autores que seguramente ni saben que Rionegro, Medellín o Montoya existan de nuevo paradójicamente, nos sirven para analizar su caso particular y hacerlo un poco más universal.